

# Cuestiones sobre el odio y la destructividad en la meta metapsicología freudiana<sup>1</sup>



LUÍS CARLOS MENEZES<sup>2</sup>

En el lapso de una década, iniciada a mediados de los años noventa, Freud construyó un imponente sistema teórico para dar cuenta del sufrimiento neurótico: las neurosis fueron descriptas en cuadros nosográficos, fruto de la observación fina de sus manifestaciones, pero también producto del enorme poder heurístico ofrecido por las concepciones metapsicológicas iniciales. Las múltiples puntas del iceberg dadas por la observación se interligaban con increíble docilidad a su teoría del aparato psíquico. La viga maestra de esa teoría era la noción de conflicto defensivo, un conflicto intrapsíquico que suponía una diferenciación tópica y el juego contradictorio de fuerzas que nunca resultaba en la desaparición de una de ellas; al revés, la tendencia *vencida*, aunque excluida de la vida psíquica consciente, por la represión, no solo guardaba su vigor, sino que adquirió, por decirlo así, al menos potencialmente, una nueva virulencia. Se tornaba indestructible transmitiéndole al síntoma una consistencia que lo volvía refractario a cualquier forma de tratamiento psicológico que se basase únicamente en actitudes comprensivas, amonestaciones, ponderaciones de buen sentido, etc.

El estudio de los sueños permitió el descubrimiento de un modo de funcionamiento del pensamiento inconsciente totalmente distinto de lo que

1 Trabajo republicado. Agradecemos a su autor, Luís Carlos Menezes, su autorización, y a la revista *Percurso*, que lo publicó en su número titulado *A questão da violência*: Menezes, L. C. (1991). Questões sobre o ódio e a destrutividade na metapsicologia freudiana. *Percurso*, 7, 17-23.

2 Miembro titular de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo.

hasta entonces era conocido como actividad psíquica. Se trataba de un pensamiento primario, caleidoscópico, dominado por la búsqueda exclusiva e inmediata de placer y de realización de deseo, verdadero mundo de los sueños, rebelde a las exigencias de la realidad, funcionando en el constante rechazo, que se podría llamar alucinatorio, de la espera y de la falta con la que el sujeto se encuentra constantemente confrontado en su vida real. Todos los elementos sintácticos que dan cuenta de esos impedimentos en el pensamiento consciente ceden el lugar a una gramática simple e i-real, hecha únicamente de sustantivos, investidos, desinvestidos y sobreinvestidos (condensación y desplazamiento), siempre al servicio del principio del placer.

Freud hacía así comprensible el carácter repetitivo, irrefrenable del síntoma neurótico, capaz de introducir de manera durable impedimentos mutiladores, aparentemente absurdos, en vidas que estaban llenas de posibilidades o que, en todo caso, no contenían nada que justificase en el plano de la realidad las inhibiciones, los *impasses*, el sufrimiento causado por la enfermedad psíquica. El tratamiento psicoanalítico que permitía el acceso a los conflictos subyacentes al síntoma, a partir de la asociación libre del analizando y de la atención flotante del terapeuta, era congruente y se apoyaba enteramente en esas concepciones sobre la psicopatología de las neurosis y sobre el funcionamiento psíquico.

En 1905, con los *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud completa su sistema teórico-clínico (su metapsicología), al introducir el concepto de pulsión para designar el fundamento de la fuerza tenaz introducida por lo reprimido en el síntoma neurótico, así como en cualquier otra producción psíquica marcada por el sello de lo inconsciente. La pulsión no es una fuerza genérica: Freud la sitúa en el centro de la sexualidad, concebida como abriéndose sobre toda la gama del erotismo corporal en la forma de una energía maleable, transformable, que él llama libido.

El conflicto defensivo comporta, así, por un lado, el yo como instancia represora, por otro, del lado de lo reprimido, fantasías de deseo eróticas, sexuales, en las que la pulsión se hace presente a través de su marca más saliente: la de ser una presión constante.

Si hice este largo y al mismo tiempo rápido sobrevuelo por el sistema teórico producido hasta entonces por Freud, fue para decir que, aunque allí se encuentren los conceptos fundamentales de la teoría y de la práctica

del psicoanálisis, este sistema ni bien constituido, comenzó a encontrar dificultades para dar cuenta de ciertas configuraciones encontradas en la clínica, empezando por la neurosis obsesiva, estudiada en el caso conocido como el Hombre de las Ratas (Freud, 1909/1980f).

El análisis reveló como pieza central de ese caso de neurosis obsesiva el odio inconsciente, reprimido, contra el padre. Era característico de este paciente lo que Freud llama «coexistencia crónica del amor y del odio en relación con la misma persona», o sea, la ambivalencia afectiva. Freud concluye que este rasgo es «uno de los caracteres más frecuentes, más declarados y por eso probablemente más sustantivos de la neurosis obsesiva»<sup>3</sup>. Y, más allá de la neurosis obsesiva, Freud afirma que «el odio retenido por el amor en la sofocación de lo inconsciente desempeña [...] un importante papel también en la patogénesis de la histeria y la paranoia» (pp. 239-241).

Dos observaciones son aquí necesarias:

1. Si lo reprimido y, por lo tanto, lo inconsciente es de naturaleza sexual libidinal, ¿qué pensar de la génesis de una neurosis basada en la represión del odio? ¿Cuál es la relación entre el odio y la teoría de la libido o, más aun, cuál es la naturaleza pulsional del odio?
2. Es necesario notar también que al colocar el odio del lado de lo reprimido, Freud pone, del lado del represor, el amor. La oposición yo-pulsión sexual es desplazada a la oposición amor-odio: la causa de la represión del odio es el amor por la misma persona.

Esos problemas obviamente no se escapan a Freud. Perplejo, él afirma conocer muy poco sobre la naturaleza del amor y, en particular sobre la relación que califica de «totalmente oscura» entre el «factor negativo del amor» y el «componente sádico de la libido» (pp. 239-241).

3 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción de esta cita y la siguiente corresponde a la p. 187 de: Freud, S. (1992). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 10). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).

Confrontando la dificultad, recurre primero al poeta, citando un pasaje de *El banquete* de Platón, en el que Alcibíades habla de su amor ambivalente: «a menudo tengo el deseo de no verlo más entre los vivos. Y sin embargo, si ese deseo se realizara alguna vez, yo sé que me volvería mucho más desdichado aún»<sup>4</sup>.

Se limita en seguida a sugerir, «a título provisorio», que el odio inconsciente está relacionado con un sadismo constitucionalmente muy fuerte y precozmente reprimido. Freud se atiene entonces a su teoría de la libido al ubicar el odio al lado de la pulsión sádica, pero la relación entre odio y sadismo permanece para él como un enigma. Este enigma pasará a funcionar como un grano de arena en el engranaje de su metapsicología, y tal vez no será exagerado decir que este grano de arena será el responsable de todos los desplazamientos y reacomodaciones metapsicológicas que se producirán a partir de entonces en la obra de Freud.

Antes de avanzar, vale recordar que, en 1896, cuando todavía estaba en vigor la teoría de la seducción, Freud le había atribuido a la etiología de la neurosis obsesiva una experiencia sexual de la infancia vivida no bajo forma pasiva, como en la histeria, sino de manera activa: se trataba de una «agresión practicada con placer, de una participación vivida con placer, a los actos sexuales» (p. 194). La intuición del placer en la agresión, de una sexualidad agresiva, de la importancia, entonces, del sadismo en la neurosis obsesiva ya está presente en esa teoría. Freud no se atiene solamente a la ambivalencia ni a la idea de un odio inconsciente, aunque destaque el autorreproche, o sea, el sentimiento de culpa inconsciente que pasará a ocupar un lugar creciente tanto en la teoría como en la clínica a partir del análisis del Hombre de las Ratat<sup>5</sup> (Freud, 1909/1980f).

4 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción a la p. 187 de: Freud, S. (1992). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 10). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).

5 En *La interpretación de los sueños*, Freud (1900/1974) menciona el análisis de un paciente obsesivo, que ya no salía de su casa, tomado por el miedo de ir a matar a las personas que pasaban a su lado. Este hombre pasaba su tiempo procurando coartadas a ser utilizadas en caso de ser acusado por cualquiera de los crímenes cometidos en la ciudad. Vivía bajo la presión, dice Freud, de pulsiones asesinas inconscientes contra el padre.

En los *Tres ensayos*, Freud (1905/1980k, pp. 197-198) se refiere a una «pulsión de crueldad, considerada por él como un factor de comportamiento sexual», de la cual hasta hoy, afirma, «no fue posible hacer un análisis profundo». Menciona en ese texto «el peligro» de una «asociación entre las pulsiones eróticas y la crueldad», formulación que da testimonio acerca de la ambigüedad al situar esa pulsión parcial: por momentos es un factor del componente sexual, lo que es vago, por momentos es expresión de la erotización de la crueldad.

En 1911, Freud publica su primer gran trabajo sobre la psicosis, conocido como el caso Schreber. La violencia pulsional subyacente al cuadro es atribuida no a la exacerbación de pulsiones destructivas, sino a una «explosión de libido homosexual». El odio paranoico sería secundario al amor homosexual de Schreber por su médico, correspondiendo a un contrainvestimento denegatorio, defensivo. El delirio de persecución resulta de la proyección del odio, en una secuencia que se resume así: «yo no lo amo, yo lo odio», a la que le sigue una segunda denegación: «no soy yo quien odia, es él quien me odia, por eso me persigue»<sup>6</sup> (pp. 85-86).

Freud ya había señalado, en un artículo de 1896, la importancia del mecanismo de proyección en la paranoia, como la existencia de «una alteración del yo» en esa patología (pp. 210-211). En el caso Schreber, Freud (1911/1980e) hace precisa la naturaleza de la «alteración del yo», ubicándola en relación con la noción de narcisismo, o sea, la idea de una suerte de balanceo entre la libido narcisista investida en el propio yo y la libido de objeto. En la predisposición a la paranoia habría una mayor labilidad de los investimentos de objeto, que tenderían, en un primer tiempo, a ser totalmente abandonados, la libido retorna hacia el yo; el delirio correspondería entonces a una tentativa de reinvestimento objetal y de reconstrucción del mundo.

La misma «alteración inicial» es atribuida al yo en el origen de la melancolía en *Duelo y melancolía* (Freud, 1917 [1915]/1980d): la investidura de

6 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a las pp. 58-59 de: Freud, S. (1991). Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911 [1910]).

objeto «resultó poco resistente»<sup>7</sup> (p. 281) también en esta psicosis y, frente a una decepción, por una pérdida, por una herida narcisista infligida por el otro, la libido se retira del objeto, retornando al yo, en un movimiento que Freud llama «identificación narcisista», ya que resulta aquí en la introyección del objeto.

En la melancolía, como en la neurosis obsesiva, la ambivalencia en relación con el objeto está muy acentuada<sup>8</sup>. El amor por el objeto se satisface bajo un modo arcaico por la incorporación del objeto, o sea, por la identificación narcisista, mientras el odio se vuelve hacia el propio yo, escindido entre una parte que se complace en atacar y la otra en ser atacada. Prefigurando el concepto del superyó de la segunda tópica, el objeto introyectado está cargado de odio y encuentra una evidente satisfacción sádica en los sufrimientos que inflige al yo.

Odio y sadismo, entendido como pulsión libidinal, continúan caminando juntos, casi superpuestos, pero con el concepto de narcisismo será posible formular una articulación y, por lo tanto, una diferenciación entre ambos. Es lo que Freud hace en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915/1980b), al traer una primera respuesta para el difícil problema con que se enfrenta en el Hombre de las Ratas: cuál sería el lugar a dar al odio en su metapsicología (pp. 154-162).

En este texto, Freud distingue el sadismo, pulsión parcial de la teoría de la libido, del odio, cuya génesis se sitúa en la oposición yo (sujeto)/objeto (mundo exterior), y que fuera puesta en evidencia en las psicosis como oposición libido narcisista /libido de objeto. Por objeto se entiende aquí el otro del yo narcisista, el no-yo, el extranjero, concepción diferente de la de objeto de la pulsión descrita en los *Tres ensayos*, como aquello que es necesario, contingente para la satisfacción de la pulsión<sup>9</sup>.

7 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a la p. 246 de: Freud, S. (1992). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).

8 En *Tótem y tabú*, Freud (1913/1980j) trata exhaustivamente el problema de la ambivalencia entre amor y odio, y de la culpabilidad, trazando un paralelo entre los tabúes de los «pueblos primitivos» y la neurosis obsesiva.

9 Próxima a la noción de objeto parcial de K. Abraham y de M. Klein, y de objeto *a* de Lacan.

En la génesis del yo habría un momento en el que este se atribuiría a sí mismo todas las fuentes de placer, mientras que el mundo exterior, esto es, el objeto, el otro (aquello que no es yo), sería inicialmente indiferente y en seguida fuente de displacer<sup>10</sup>. Esa situación se mantiene gracias a la introyección de lo que en el otro es apaciguador, placentero, y a la proyección de lo que en él mismo es excitación, perturbación, por lo tanto, displacer. El odio es originariamente expresión de la hostilidad del yo contra este otro amenazador como fuente de displacer, es el movimiento del yo buscando apartar, eliminar, destruir el objeto perturbador. La relación primera, originaria, con el otro, sería pues una relación de odio, y no de amor (Freud, 1915/1980b, 1913/1980a).

Es solamente en un tercer momento que el amor aparece en relación con el otro: es cuando el objeto es reconocido como fuente de placer, lo que lleva al sujeto a procurar aproximarlo a sí mismo, a preservarlo en un movimiento que corresponde al amor.

Secuencia genética que debe ser comprendida también estructuralmente, de manera que se entienda que todo amor al objeto es ambivalente en su fundamento: el reconocimiento del objeto, del otro como diferente, es una concesión laboriosa, siempre provisoria, del yo narcisista. Este, en su fuero íntimo, nunca deja de desconfiar de lo que Ferenczi llama «malicia del objeto», o sea, su obstinación en no adecuarse completamente a las necesidades y deseos del yo, en mostrarse distinto de él. Si decimos, inspirados en Melanie Klein, que el yo se constituye sobre un fondo de angustia paranoide o, inspirados en J. Lacan, que el yo es en su esencia paranoico porque está constituido en la propia alienación, en el señuelo, en una relación de incertidumbre identitaria originaria, creo que no nos habremos apartado mucho de la intuición freudiana sobre el origen narcisista del odio.

El objeto es entonces una fuente primaria de sufrimiento narcisista que precisa ser contrapesado por el amor, por el investimento libidinal.

Esa relación primaria de odio queda particularmente en evidencia en las psicosis, sea en la paranoia en la que el sujeto va hasta la destrucción

10 Noto que aquí es importante también la otra gran polaridad de la vida psíquica, el eje placer-displacer.

física del objeto, sea en la melancolía en la que recurre al suicidio para eliminar al otro, sea en la esquizofrenia y en el esquizoide en que toda manifestación de otro es vivida como una amenaza inminente.

En la neurosis obsesiva el objeto es preservado a través de una forma de amor arcaico en la que la finalidad libidinal se asemeja al objetivo del odio, ya que la satisfacción pulsional propia del sadismo consiste en maltratar, en torturar, aunque sea sutilmente, al objeto de amor.

Es como si ese objetivo pulsional le impidiese al odio alcanzar sus fines, cualesquiera sean, la eliminación o el desinvestimento del objeto. La erotización del odio, al contrario, preserva el vínculo con el objeto, pero también transfigura el odio en una fuerza pulsional.

En suma, en *Pulsiones y destinos de pulsión*, Freud (1915/1980b) sitúa las raíces pulsionales del amor «coincidiendo con la tendencia sexual en su totalidad»; el odio se sitúa del lado de la «lucha del yo por su conservación y afirmación» (pp. 154-162). Por lo tanto, el odio no corresponde en rigor a una pulsión, excepto referido a la idea, de poco alcance, de las pulsiones de autoconservación. El odio solo adquiere un carácter propiamente pulsional si está erotizado, o sea, en la medida en que proporcione satisfacciones sadomasoquistas.

Con el giro de 1920, en torno a la introducción del concepto de pulsión de muerte, la oposición libido narcisista/libido de objeto, aunque no haya sido abandonada, es retomada por Freud en cada una de las obras subsiguientes a *Más allá del principio de placer* (1920/1980c); el soporte que ella le daba a la teoría del origen narcisista del odio se vuelve, por así decir, innecesario. Al postular un conflicto fundamental entre tendencias de vida y tendencias disgregantes, destructoras, de cara hacia la muerte, la problemática de la oposición amor-odio va a coincidir naturalmente con esa nueva oposición pulsional. Si el odio, así como lo que le era correlato (la ambivalencia, la culpabilidad y el sentimiento moral), quedaba en una posición marginal, siendo muy difícil de ser insertado y comprendido a la luz de la primera teoría de las pulsiones, ahora, al contrario, este se vuelve un resultado natural de la pulsión de destrucción, uno de los polos del nuevo dualismo pulsional.

La pulsión de destrucción es, en realidad, uno de los destinos posibles de la pulsión de muerte. Esta, dice Freud en *El problema económico del*

*masoquismo* (1924/1980h), puede ser desviada hacia el exterior gracias a la libido narcisista, es decir, volverse contra el objeto en forma de «pulsión de destrucción» La pulsión de destrucción coincide aquí, en sus finalidades, con el objetivo del odio en la teoría narcisista del odio.

El segundo destino de la pulsión de muerte es aún la pulsión de destrucción, pero esta vez erotizada, dando origen al sadismo, a la pulsión sádica. Esta formulación corresponde a la de odio de la teoría anterior, excepto que aquí el sadismo sería siempre resultante de la asociación entre libido (Eros) y pulsión de destrucción (pulsión de muerte), y no propiamente una modalidad de la libido.

Finalmente, la pulsión de muerte puede permanecer «en el organismo» ligada a la libido en la forma de un masoquismo primario, llamado por Freud masoquismo erógeno. La concepción de un masoquismo primario no encuentra equivalente en la primera teoría de las pulsiones, a menos que retomemos la noción de coexcitación sexual de los *Tres ensayos*. Freud dice allí que cualquier emoción como la angustia, el miedo o también el dolor pueden producir excitación sexual. Ahora bien, en *Pulsiones y destinos de pulsión* (Freud, 1915/1980b), escribe que «infligir dolor [al objeto] no desempeña ningún rol en los objetivos a los que se dirigía la pulsión primariamente. Para el niño sádico, infligir dolor [...] no es su objetivo» (p. 149). Es solamente después de experimentada en sí misma la excitación sexual ligada al dolor -por coexcitación-, es decir, la satisfacción masoquista, que infligir dolor al otro, agredirlo, hacerle daño pasa a ser un objetivo pulsional. Laplanche nota con razón que el primer momento sexual es aquí el masoquista. El momento propiamente sádico supone un momento masoquista anterior, de manera que ya en este texto, aún en el cuadro de la primera teoría de las pulsiones, está la noción de un masoquismo primario.

Confieso entonces que no consigo ver en qué el concepto de una pulsión de destrucción agregue a la elucidación del tema que nos ocupa, o sea, el del origen, de la naturaleza y de los destinos del odio. En cuanto al origen y a la naturaleza del odio, me parece mucho más fecunda la teoría anterior, que pone en relación odio y narcisismo. En cuanto a los destinos del odio, no hay duda de que en los textos posteriores a *Más allá del principio de placer* hay una nítida consolidación del espacio creciente que

venía siendo ocupado por el sadismo y también por el masoquismo en la metapsicología freudiana. El sadismo y el masoquismo parecen estar de alguna manera presentes, desde entonces, en todas las modalidades de la libido. Freud afirma en 1924 que «el masoquismo erógeno acompaña a la libido en todas sus fases de desarrollo, y le toma prestados sus cambiantes revestimientos psíquicos. La angustia de ser devorado»<sup>11</sup> (pp. 204-206), ligada a la organización oral; el «deseo de ser golpeado», a la fase sádico anal, y también las fantasías de castración de la fase fálica, originando una satisfacción masoquista.

La oposición entre el superyó, objeto cargado de sadismo, introyectado en el yo, y un yo potencialmente masoquista, pasa a tener gran importancia en la comprensión de la culpabilidad inconsciente en la melancolía, en la neurosis obsesiva o en la reacción terapéutica negativa<sup>12</sup>. El conflicto defensivo, antes limitado a la confrontación entre el yo y los deseos inconscientes, se ubica ahora también en el interior del yo; el yo, siendo considerado en gran parte inconsciente, pasa a ser el «nuevo teatro», en la expresión de Freud, donde se desarrollan los conflictos intrapsíquicos. Teatro interno al yo (¿un «mundo interno»? ) donde se pone en escena el juego de las relaciones de amor y de odio entre el yo y el otro, ahora introyectado<sup>13</sup>.

- 11 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a la p. 170 de: Freud, S. (1992). El problema económico del masoquismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- 12 La tensión entre el yo y el superyó (el otro introyectado) traspone a un escenario intrapsíquico la oposición generadora de odio narcisista entre el yo y el otro.
- 13 Vertiente de la obra de Freud que se abre a las concepciones de Melanie Klein, pero que precisaría ser ajustada si tomásemos en cuenta un tema fundamental de las teorías de Freud y que no discutimos en este trabajo, el del complejo de Edipo. De hecho, no podemos olvidar que para Freud la culpabilidad, así como el origen de la moral, de la religión y de la organización social se asienta sobre el mito o la fantasía del asesinato del padre. El superyó «heredero» del complejo de Edipo. El sentimiento de culpa discurre en Freud no solo del temor por lo que pueda ocurrirle al objeto de la ambivalencia amor-odio, en una relación interpersonal (por ej., en el caso del pequeño Hans), sino también en la interdicción supra personal en su naturaleza, del incesto. Los dos planos están presentes en la obra de Freud y su articulación es, para mí, todavía un problema (mi estudio sobre el Hombre de las Ratias).

En *Más allá del principio de placer*, obra en la que Freud introduce la idea de pulsión de muerte, el tema que trata no es la destructividad, sino la compulsión a la repetición presente en los sueños de la neurosis traumática, pero que ocurren igualmente en cualquier análisis, sueños que no corresponden al principio de placer, que no buscan la realización del deseo: en ellos lo que se repite son experiencias penosas, de sufrimiento psíquico; son, dice Freud, «cicatrices narcisistas» dejadas por las humillaciones infligidas en el contexto del complejo de Edipo, que tienden a la repetición también en la transferencia. Lo que Freud pone en primer plano en ese texto es la noción de trauma psíquico concebida como lastimadura, fractura, herida del yo narcisista y de la necesidad de ligazón psíquica resultante de él. Él dedica, en esa obra, solamente dos páginas a la ambivalencia afectiva y al sadismo; después de formular la teoría de una pulsión de destrucción derivada de la pulsión de muerte, afirma que tal idea «no tiene sentido» y que da «una impresión francamente mística» (Freud, 1920/1980c, pp. 74-75).

Freud se refiere allí al trabajo de Sabina Spielrein *La destrucción como causa de devenir* (1912/1980), publicado años antes. En ese trabajo la autora afirma que «hay algo en el fondo del individuo que por paradójal que pueda parecer a primera vista, lo lleva a hacerse mal a sí mismo, encontrando placer en esto» (p. 220), concluyendo la existencia de un «componente destructivo en el instinto sexual» (p. 235), o aun de un «instinto sexual de muerte, de un instinto de destrucción opuesto al instinto de vida» (p. 257). El componente destructivo sería la causa de la ambivalencia amor-odio en las relaciones de objeto, así como de la pulsión sadomasoquista. Este trabajo de la exanalizada de Jung contiene la intuición precursora de un masoquismo primario al instalar en el fondo del individuo un «placer de hacerse daño».

Es interesante aquí citar un pasaje del comentario de Federn (1980), hecho en la época a este trabajo:

sin que nada la autorice, supone en la base de tales procesos de destrucción y de transformación, una pulsión particular, y los remite entonces a un objetivo perseguido en cuanto tal por el individuo en vez de ver allí manifestaciones acompañando fenómenos de origen sexual, o resultando de ellos. (p. 261)

Y Federn termina diciendo que el método de la autora es peligroso por buscar explicaciones «en causas distantes» y no en «determinaciones más inmediatas», lo que la aproxima con «los grandes pensadores místicos» (p. 262).

¿No se podría decir lo mismo de la pulsión de destrucción de Freud?

Debo observar que mi objetivo aquí era el odio y no la pulsión de muerte; por eso, esta solo fue considerada en la medida en que entraba en relación con el tema –el odio y el sadismo– como pulsión de destrucción. La interpretación que hizo Lacan de la pulsión de muerte, por ejemplo, no se refiere a la destructividad, sino a la represión primaria, lo que no estaba en mi propósito.

Finalmente, la pulsión de muerte puede permanecer «en el organismo» ligada a la libido en la forma de un masoquismo primario. ♦

*Descriptoros:* ODIO / SADISMO / CRUELDAD / MASOQUISMO / CONFLICTO / AMBIVALENCIA / PULSIÓN DE MUERTE / NARCISISMO / YO

*Keywords:* HATE / SADISM / CRUELTY / MASOCHISM / CONFLICT / AMBIVALENCE / DEATH INSTINCT / NARCISSISM / EGO

## BIBLIOGRAFÍA

- Federn, P. (1980). Compte rendu. En S. Spielrein, *Entre Freud et Jung*. Aubier.
- Ferenczi, S. (1974). Le problème de l'affirmation du déplaisir. En J. Dupont (trad.), *Oeuvres complètes* (vol. 3). Payot. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1974). Interpretação dos sonhos. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 4 y 5). Imago. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (1980a). A disposição à neurose obsessiva. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 12). Imago. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1980b). A pulsão e seus destinos. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 14). Imago. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1980c). Além do princípio do prazer. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 18). Imago. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1980d). Luto e melancolia. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 14). Imago. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).
- Freud, S. (1980e). O caso de Schreber. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 12). Imago. (Trabajo original publicado en 1911).
- Freud, S. (1980f). O Homem dos Ratos. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 10). Imago. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1980g). O pequeno Hans. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 10). Imago. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1980h). O problema econômico do masoquismo. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 19). Imago. (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1980i). Observações adicionais sobre as neuropsicoses de defesa. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 3). Imago. (Trabajo original publicado en 1896).
- Freud, S. (1980j). Totem e tabu. En J. Salomão y Carneiro Muniz (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 13). Imago. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1980k). Três ensaios sobre a teoria da sexualidade. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 7). Imago. (Trabajo original publicado en 1905).
- Laplanche, J. (1970). *Vie et mort en psychanalyse*. Flammarion.
- Menezes, L. C. (1991). O homem dos ratos e a questão do pai. *Percurso*, 5, 7-13.
- Spielrein, S. (1980). La destruction comme cause du devenir. En S. Spielrein, *Entre Freud et Jung*. Aubier. (Trabajo original publicado en 1912).